



Menos es todo

La vida ondulante

Ramón Eder

Renacimiento, 2012

Ramón Eder (Lumbier, Navarra, 1952) es un cruce entre filósofo y poeta que se ha decidido por el aforismo como género, y he aquí una antología de ese paciente ejercicio de concisión que aspira a que miremos con ironía toda verdad que se proponga en más de quince palabras.

Ese más o menos es el tono, y lo advierte el propio **Eder** en el prólogo: en todas las épocas ha habido escritores de aforismos, pero los que gozan de su predilección son los moralistas franceses, al estilo de **Pascal, La Rochefoucauld, Vauvenargues, Jouvart...** Desencanto e ironía. ¿Qué se consigue con eso? Hacer ética sin caer en el moralismo, sugerir auténticas enmiendas a la totalidad sin incurrir en grandilocuencia.

Como el propio **Eder** ha dejado caer una suerte de metaforismos en los que reflexiona sobre la naturaleza de esas frases que siempre dejan una verdad mínima temblando en el aire, no me resisto a recogerlos aquí, y que juzgue el lector: “El aforismo es un géne-

ro literario que no gusta a los lectores pasivos”, “Un buen aforismo es un relámpago en las tinieblas”, “Un libro de aforismos debe ser como una de esas fiestas en las que hay mujeres sensacionales, pero en la que hay una que es realmente inolvidable”, “Todo está dicho, pero hay que volver a decirlo en la jerga de nuestra época”, “En todo libro de aforismos cada aforismo es una pincelada cuyo conjunto forma el autorretrato del autor”, “Bastante hace el que nos conduce a la puerta de una revelación y luego desaparece”. **Eder**, como todo escritor de aforismos, sabe que a buen, sobran, y que menos no es que sea más, es que es todo. Pues eso.

Gabriel Insausti

Los que aman sin miedo

La tercera persona

Álvaro de la Rica

Ediciones Alfabet, 2012

El sentido de una “tercera persona” hace referencia, habitualmente, a quien interfiere en una relación amorosa de forma negativa: la pone en peligro, quizá incluso termina por romperla. Es el vértice hacia el que se desvía una corriente que, hasta ese momento, fluía directa entre dos personas.

Lo que **Álvaro de la Rica** presenta en su primera novela, audaz y generosa, es un sentido muy distinto para ese vértice: ¿qué ocurre cuando una tercera persona no sólo no es un elemento de ruptura, sino que es “quien orienta las relaciones en la buena dirección”?

Jacob es un profesor universitario que encuentra en Claire, una ayudante de su departamento, afinidades que dejan atrás lo académico. Ella es una mujer inteligente y dolorida por el matrimonio con un hombre incapacitado para hacerla feliz, para ser felices juntos. Jacob también está casado, pero las dificultades en su matrimonio son diferentes. La enfermedad de su mujer no le ha impedido seguir amándola. A ella y a sus hijas. Des-

de un tren que cubre la ruta Brest-Lyon, Claire le escribe una carta a Jacob cuando ya ha pasado todo porque ya no trabajan juntos. En ella se leen las conversaciones, los enfados, los encuentros y desencuentros, y hasta un atormentado viaje a Cracovia con los que se ha ido tejiendo su relación con Jacob. Con una sinceridad tal vez inusual para este tipo de situaciones, él le contesta con otra carta que quiere ser un “comentario” a las palabras de Claire, y acaba siendo una confesión.

Es inevitable leer *La tercera persona* de un respiro, y es inevitable sentir la necesidad de una relectura. Más aún de una continuación, en la que el autor ya está trabajando.

La historia de Jacob y Claire, tan afinada como brutal, apela a cualquiera que sepa lo que duele el corazón cuando de verdad se pone a amar. Quizá por eso está contada a través de confesiones, un género del que fue maestro el santo de Hipona. Otro que no quiso poner su corazón a resguardo.

Sonsoles Gutiérrez